

AÑO DE LA FE

SERMÓN DE LAS SIETE

**PALABRAS DE CRISTO
EN LA CRUZ**

Año de la Fe

Marzo de 2013

Florentino Muñoz Muñoz

PRIMERA PALABRA

“¡Padre!, perdónalos porque no saben lo que hacen”

La fe mueve al perdón

Jesucristo crucificado perdonó a los que acababan de crucificarlo: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc.23, 34). Ante este gesto impresionante de Jesús, nos quedamos sobrecogidos, desbordados, sin palabras. El amor de Cristo no tiene medida: “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo” (Jn.13,1) de dar su vida por todos.

San Pablo, en perfecta comunión con el Señor, nos exhorta a los cristianos con estas palabras: “Sed buenos unos con otros, tened ánimo, perdonaos mutuamente como Dios os ha perdonado en Cristo. Sí, intentad imitar a Dios, como hijos queridos” (Ef.4,32; 5,1). Que desaparezcan para siempre el odio, el rencor y la violencia del corazón y de la mente del ser humano. Así podremos construir un mundo más humano, más pacífico, más justo para todos.

San Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, refiere que San Esteban fue lapidado y murió perdonando, siguiendo el ejemplo de Jesucristo. Estas son sus palabras: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (Hech.7,60).

Los mártires de los primeros siglos y de nuestro tiempo han entregado sus vidas por la fe en Jesucristo, encomendándose a la misericordia de Dios y perdonando a los que los mataban.

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma: “la quinta petición implora para nuestras ofensas la misericordia de Dios, la cual no puede penetrar en nuestro corazón si no hemos sabido perdonar a nuestros enemigos, a ejemplo y con la ayuda de Cristo” (n.2862; cf.2840).

Nosotros, discípulos de Jesucristo, hemos de hacer lo que Él hizo estando clavado en la cruz: perdonar. Ofrecer y regalar el perdón a los que nos han ofendido es propio del cristiano. No lo olvidemos nunca. Jesús nos dijo: “Si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda” (Mt.5,23s). No podemos presentarnos ante Dios si no nos hemos reconciliado con los hermanos. Adelantarnos con un gesto de reconciliación es una condición previa para dar culto a Dios correctamente.

Es verdad que conceder y regalar el perdón a los demás no es tarea fácil. Implica con alguna frecuencia un gran esfuerzo y sacrificio hasta tal punto que no pocas veces nos sentimos casi sin fuerzas de hacerlo. No nos quedemos aquí. El Señor nos da su ayuda para que podamos perdonar a los demás. Jesús nos envía el Espíritu Santo para que con su ayuda podamos ser misericordiosos como el Padre es misericordioso y perdonar como Él nos perdona.

En las Bienaventuranzas Jesús afirma: “bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia”.

Una forma especial de misericordia es el perdón concedido a aquellos que nos han ofendido o nos han dañado. El ejemplo de la inmensa misericordia y generosidad de Dios (Mt.18,23-35) nos mueve y nos obliga a todos y a cada uno a ser también nosotros generosos y misericordioso con los demás. De este modo, la obra de cada ser humano se fundamenta en el impresionante y maravilloso actuar de Dios.

Preguntémonos con sinceridad y respondamos con verdad

¿Estamos dispuestos a perdonar a los demás?

¿Estamos dispuestos a perdonar sin ser perdonados?

Que la puesta del sol no caiga sobre nuestro enojo.

Que podamos rezar con verdad: “perdona nuestros pecados como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”.

SEGUNDA PALABRA

“Hoy estarás conmigo en el paraíso”

Creo en la vida eterna

Uno de los que están crucificados con Jesús le suplica: “acuérdate de mí cuando vayas a tu Reino”. Y Jesús le responde: “Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc.23,42-43).

En su vida pública, Jesús dijo a sus discípulos, y en ellos a nosotros, unas palabras que deben infundir en nuestras almas una paz inmensa y una esperanza incommovible:

“No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios; creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho; porque voy a prepararos sitio. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros” (Jn.14,1-3)

En el Año de la fe, que estamos celebrando con la gracia divina, la nueva evangelización no debe omitir la referencia expresa a “la resurrección de la carne” y a “la vida eterna” ya que son artículos de la fe cristiana como lo proclamamos en el Credo de la Iglesia Católica.

La vida del ser humano no termina en el sepulcro, sino que continúa. La muerte no es el final del camino para nadie: “la semilla de eternidad que en sí lleva el hombre, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte” (GS 18). Con la certeza que nace de la fe decimos que no nos perderemos para siempre en el sepulcro, sino que el Señor nos acogerá en nuestra muerte, momento supremo de nuestra soledad, y, un día, nos resucitará de nuestros sepulcros y nos llevará con Él. Así nos lo dijo: “Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás” (Jn.11,25-26). La muerte es una puerta abierta a la eternidad de Dios. Dios nos ha creado para vivir con Él por toda la eternidad, para gozar con Él por los siglos de los siglos. En fidelidad a las palabras del Señor, el Concilio Vaticano II enseña: “Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó, con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba, Padre!” (GS 22). Acojamos este designio salvador de Dios y vivamos en conformidad con él.

La vida eterna comienza ya aquí, en este mundo: “esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo” (Jn.17,3). Ahora bien, esta vida se consumará en el cielo donde

veremos a Dios y gozaremos con Él para siempre. Por eso hemos de decir con claridad que la vida eterna no es simplemente la vida que viene después de la muerte, sino que es la vida auténtica, plena, no sometida ya a la enfermedad, al dolor, ni a la muerte. La vida eterna es participación, en lo que es posible a la creatura humana, en la vida de Dios.

Supliquémos al Señor que no nos trate como merecen nuestros pecados, sino que nos acoja en su infinita misericordia y nos conduzca a su Reino. Pongamos nuestra entera confianza en la infinita misericordia del Señor.

Aquel que espera, confía y se fía del Señor nunca será confundido, nunca se perderá.

Aquel que vive y muere a la sombra de la Cruz de Jesucristo, despertará en el regazo del Padre para toda la eternidad.

Dios escucha, acoge y perdona a todo aquel que lo invoca con humilde y sincero corazón.

Hay perdón para nuestros pecados, para todos nuestros pecados, porque la misericordia de Dios es infinita. Acerquémonos al sacramento del perdón y confesemos nuestros pecados al sacerdote; recibiremos el perdón de Dios a través de sus palabras. Por eso, abramos nuestra alma al Señor que nos acoge con amor, nos abraza con misericordia y nos invita a su mesa.

Sabemos que no tenemos ciudad permanente aquí, sino que buscamos otra, la del cielo (cf. Heb.13,14).

¡Señor!, tómanos en tus manos compasivas y misericordiosas y llévanos contigo a la Casa del Padre. En la hora de nuestra muerte, llámanos y mándanos ir a Ti para que te alabemos por toda la eternidad en el cielo con los ángeles y los santos...

¡Qué inmensa alegría experimentaremos cuando el Señor, en su infinita misericordia, nos acoja en nuestra muerte!

Pidámosle con la oración de la Iglesia: ¡Señor! No te vayas sin nosotros. No nos dejes solos para siempre.

Con la Iglesia proclamamos con gozo y esperanza: “la vida de los que en Ti creemos no termina, se transforma, y al deshacerse nuestra morada terrenal adquirimos una mansión eterna en el cielo” (Prefacio Difuntos I). Esta es nuestra fe; esta es nuestra esperanza.

TERCERA PALABRA

“Mujer, he ahí a tu hijo. Juan, he ahí a tu madre”

María, mujer creyente

“María avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz” (LG 58). No se puede decir tanto en tan pocas palabras sobre la fe de la Stma. Virgen María.

Benedicto XVI escribe estas palabras sobre la fe de María: “Por la fe María acogió la palabra del ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. Lc.1,38). En la visita a Isabel entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiendan a Él (cf. Lc.1,46-55). Con gozo y temblor dio a luz a su único hijo, manteniendo intacta su virginidad (cf. Lc.2,6-7). Confiada en su esposo José, llevó a Jesús a Egipto para salvarlo de la persecución de Herodes (cf. Mt.2,13-15). Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con Él hasta el Calvario (cf. Jn.19,25-27). Con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (cf. Lc.2,19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cf. Hech.1,14; 2,1-4) (Benedicto XVI, “Porta fidei”, 13).

Contemplemos todos a la Virgen Santísima, nuestra Madre, como mujer creyente y madre de los creyentes, e imitémosla en esta virtud teologal tan importante que es la fe. El Concilio Vaticano II afirma con claridad que “María es saludada como un miembro sobreeminente y del todo singular de la Iglesia y como su tipo y modelo en la fe y en la caridad” (LG. 53).

María vivió su historia desde la fe. Una fe sencilla y, a la vez, grande, auténtica y envuelta con alguna frecuencia, en sufrimientos, oscuridad; más aún su fe fue puesta a prueba a lo largo de su vida. Pero María permanecido fiel al Señor.

La Virgen María vivió su existencia en la obediencia de la fe y jamás desfalleció en su fe a lo largo de toda su vida. Realmente, María fue la celebrante de un misterio – la Encarnación del Verbo- que sólo ella conocía y que ella vivió en presencia de Dios en Nazaret, una aldea sencilla, y en silencio contemplativo.

La fe de María tuvo dos momentos muy importantes que no debemos olvidar: el “fiat” - “hágase en mí” - de la Encarnación del Verbo,

y el “stabat” – “estaba de pie”- junto a la Cruz de su Hijo Jesucristo. Entre esos dos momentos se desarrolla toda su existencia vivida por ella en la fe.

María acoge la voluntad del Señor para ella y se muestra como la humilde esclava del Señor dispuesta siempre a realizarla en su entera existencia. Así lo manifestó María: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc.1,38). María no pone condiciones a Dios. María se fió ilimitadamente de Dios. María se da toda entera a Dios y se pone en sus manos. María se deja hacer, edificar y construir por Dios en el corazón de su vida. María, con su “hágase en mí según tu palabra”, no sólo no rechaza ni se opone al mensaje divino que le comunica el Ángel, sino que con la ayuda de la gracia lo acepta, se identifica plenamente con él y lo realiza.

La fe de María es una fe dramática pues se mueve en la oscuridad del misterio que no domina. María es la mujer contemplativa en el corazón del mundo... “No se honra a María si no se sabe reconocer enteramente su fe oscura y heroica y tanto en la prueba de la no comprensión como en la totalidad de la donación” (G. Philips, “La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II”, T. IIº, Herder, 1969, p.314).

Aprendamos de la Virgen María a vivir nuestra existencia a la luz de la fe. En nuestro tiempo no resulta fácil vivir la fe por el ambiente de indiferencia religiosa, de secularismo, de ateísmo que nos rodea y que deja sentir su influencia en no pocos cristianos. Necesitamos por ello reafirmar nuestra fe, renovar nuestra fe, recuperar la alegría de ser creyentes.

“La fe constituye la adhesión personal -que incluye todas nuestras facultades- a la revelación del amor gratuito y “apasionado” que Dios tiene por nosotros y que se manifiesta plenamente en Jesucristo. El encuentro con Dios Amor no solo comprende el corazón, sino también el entendimiento” (Benedicto XVI, Mensaje para la Cuaresma 2013).

CUARTA PALABRA

“Tengo sed”

¡Señor! dame de beber

Había pasado ya más de un día desde la agonía de Getsemaní en la que Cristo sudó sangre y quedó profundamente debilitado; habían transcurrido varias horas desde la flagelación de Jesús con la pérdida de sangre abundante; había pasado ya tiempo desde que Cristo llevara la cruz.

A Jesús lo acaban de crucificar. Colgado del madero, la asfixia va agotando sus fuerzas y la deshidratación de su cuerpo maltrecho por la tortura que ha sufrido le ha debilitado por completo. No es extraño que Jesús sienta una sed inmensa que abrasaría sus entrañas... (Jn.19,28-29).

San Marcos (15,23) nos informa de la costumbre humanitaria de los soldados de dar a los que han sido crucificados “vino mezclado con mirra”, para aliviarles el dolor. A Jesús se lo ofrecieron, pero no lo aceptó, ya que quería conservar la plena lucidez en la hora dolorosa que está viviendo.

San Mateo (27,34) recuerda el salmo 69: “veneno me han dado por comida, en mi sed me han abrevado con vinagre” (v.22) y ve cumplida la Escritura en el gesto de los soldados que mezclan el vino con hiel. Jesús deja que el hisopo enjuge su boca lastimada y sus labios reseca.

¡Señor! Tenemos sed.

“Como la samaritana, también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en él y a extraer el agua viva que mana de su fuente (cf. *Jn 4, 14*)” (Benedicto XVI, “Porta fidei”, 3).

El reciente Sínodo de los Obispos afirma: “nos dejamos iluminar por una página del Evangelio: el encuentro de Jesús con la mujer samaritana (cf. *Jn.4,5.42*). No hay hombre o mujer que en su vida, como la mujer de Samaria, no se encuentre junto a un pozo con un cántaro vacío, con la esperanza de saciar el deseo más profundo del corazón, aquel que sólo puede dar significado pleno a la existencia. Hoy son muchos los pozos que se ofrecen a la sed del hombre, pero conviene hacer discernimiento para evitar aguas contaminadas. Es urgente orientar bien la búsqueda, para no caer en desilusiones que pueden ser ruinosas” (Sínodo, año 2012, n.1).

¡Señor! “¡Mi alma tiene sed de Ti”. Tenemos sed de Ti. Tú eres el agua verdadera que quita la sed para siempre.

¡Señor! Que nunca se nos rompa el cántaro con el que vamos a buscar agua en tu Divino Corazón, fuente inagotable de agua. Todos tenemos sed profunda de felicidad. Busquemos la verdadera fuente de la felicidad que es Jesucristo.

¡Señor! Danos el agua que sacia nuestra sed para siempre

No vayamos a buscar el agua a cisternas contaminadas y corrompidas porque no apagan la sed de absoluto que tiene nuestro corazón. No nos dejemos seducir por tantos arroyos y fuentes que vemos en nuestro mundo, ni por tantas lagunas que están estancadas y no dan vida.

Vayamos a Jesús. Escuchemos aquellas palabras tan hermosas que nos dijo y respondamos con prontitud a su invitación: “Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que creen en mí, como dice la Escritura: de su seno correrán ríos de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu, que iban a recibir los que creyeran en Él” (Jn.4,37-39).

Cristo es la fuente de agua viva que sacia nuestra sed para siempre:

Quien tenga sed de amor, que venga a esta fuente y beba.

Quien tenga sed de sabiduría, que venga a esta fuente y beba.

Quien tenga sed de santidad, que venga a este manantial y beba.

Quien tenga sed de felicidad, que venga a este manantial y beba.

Quien tenga sed de alegría, que venga a este manantial y beba.

Ayudemos a los demás a ir a Jesús, fuente de agua viva

“Como Jesús, en el pozo de Sicar, también la Iglesia siente el deber de sentarse junto a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, para hacer presente al Señor en sus vidas, de modo que puedan encontrarlo, porque sólo su Espíritu es el agua que da la vida verdadera y eterna” (Sínodo, año 2012, n.1).

Como la mujer de Samaria hemos de anunciar a los demás que hemos encontrado al Señor. Debemos convertirnos en mensajeros de la salvación y ayudar a los demás a encontrarse con Jesucristo. Colaboremos todos en la realización de una evangelización “nueva en su ardor, en sus métodos, en sus expresiones” (Beato Juan Pablo II). Una evangelización dirigida “principalmente a las personas que, aun estando bautizadas, se han alejado de la Iglesia y viven sin tener en cuenta la praxis cristiana (...), para favorecer en estas personas un nuevo encuentro con el Señor, el único que llena de significado profundo y de paz nuestra existencia; para favorecer el descubrimiento de la fe, fuente de gracia que trae alegría y esperanza a la vida personal, familiar y social” (Benedicto XVI).

QUINTA PALABRA

“Todo está consumado”

¡Señor! Guarda y aumenta nuestra fe

Jesús se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil.2,8). En el huerto de Getsemaní Jesús ora al Padre así: “¡Abba! ¡Padre!, No se haga mi voluntad, sino la tuya”. ¡Abba!, tu voluntad no la mía! Jesús vivió su relación con el Padre en oración, confianza y obediencia hasta el final.

Cristo se adentra por los caminos angostos y dolorosos de la pasión hasta llegar al Calvario donde es crucificado y muere por la salvación y redención de la humanidad.

Del costado atravesado de Cristo, nuevo Adán, dormido en el árbol de la cruz, nació la Iglesia y, con ella, los sacramentos de la vida: el Bautismo y la Eucaristía. Muerto Cristo, nacen la Iglesia y los sacramentos. Cristo muerto en la cruz dejó el camino abierto al Espíritu Santo.

Jesús ha realizado su misión; ha cumplido la voluntad de su Padre hasta el final en la cruz; ha hecho todo lo que el Padre le había encomendado. Jesús ha llevado a cabo fielmente el designio y la obra que le confió su Padre. Al final, Jesús deja entre las manos de su Padre su espíritu. Jesús puede morir y descansar en paz. ¡Cuánto tenemos que aprender de Jesús!

La respuesta del Padre a su Hijo Jesús es clara: “Por eso el Padre lo exaltó y le dio el Nombre-sobre-todo-nombre para que al Nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo y todo lengua confiese que Jesús es Señor para gloria de Dios Padre” (Fil.2,9-11).

Ahora ya tiene todo sentido. Cristo ha pasado por todos los caminos de la humanidad. Ya no hay callejones sin salida para nadie. Ya no hay rutas oscuras y sin sentido para nadie. Miremos y entendamos las cosas desde el designio salvador de Dios que Jesús hizo realidad a través de su vida, muerte y resurrección. Ya podemos decir que todo queda iluminando por el Señor resucitado y glorificado.

Los caminos del hombre, si coinciden con los caminos de Cristo, no desembocarán en la nada ni en la tragedia, sino que terminarán en el corazón de Dios. Bien lo dijo San Agustín con palabras entrañables: “Nos hiciste, Señor, para ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti”. Te suplicamos, Señor, que, al atardecer de nuestra vida, nos acojas en tu regazo para siempre.

¡Guárdanos, Señor, en la fe hasta el final de nuestra vida!

¡Señor!, yo creo pero aumenta mi fe

Concedéndonos la gracia de poder decir con San Pablo: “nada podrá apartarnos del amor de Dios revelado en Cristo; ni la vida ni la muerte, ni el dolor ni el sufrimiento, ni la persecución ni las enfermedades...” (Rm.8,31-39).

Es verdad que la fe es un don de Dios. Pero tengamos siempre presente que la fe implica la subjetividad humana pues es también un acto humano. Dice el Catecismo de la Iglesia Católica que «creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre depositar la confianza en Dios y adherirse a las verdades por Él reveladas» (n.154). La fe es don y, al mismo tiempo, acto de la persona humana. Sostenidos por la gracia divina, la fe es la respuesta que damos al amor primero de Dios. La fe es ciertamente don de Dios y también acto de nuestra libertad y responsabilidad.

Debemos, por tanto, cuidar la fe y alimentarla...

No expongamos nuestra fe a la incredulidad ni a la indiferencia religiosa tan presentes hoy en la cultura de nuestros días.

No olvidemos que una fe que no se forma con la lectura de buenos libros, con la participación a cursos de formación; una fe que no se celebra en la liturgia y en los sacramentos; una fe que no se vive observando la moral cristiana; una fe que no se testimonia con la propia vida; una fe que no se transmite con la palabra y el testimonio de la propia existencia... tiene el serio riesgo de perderse...

“El Año de la Fe nos invita a redescubrir la alegría de creer y a volver a encontrar el entusiasmo de comunicarla. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo” (PF 7).

Meditemos estas palabras de San Pablo que muestran que él realizó la misión que el Señor le había dado hasta el final de su vida:

“Yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel Día me entregará el Señor, el justo Juez; y no solamente a mí, sino también a todos los que hayan esperado con amor su Manifestación” (ITim.4,6-8).

¡Señor! Te pedimos tu gracia y tu ayuda para que podamos vivir de tal modo en este mundo que, al final de nuestra vida, podamos decir lo que San Pablo dijo, y dejar este mundo llenos de paz y confianza en Ti.

SEXTA PALABRA

¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?

En el dolor, mantengamos la fe en Dios

Las palabras de Jesús son las primeras palabras de un salmo-lamentación que concluye con una acción de gracias a Dios. Por eso es necesaria interpretarlas en el conjunto de este salmo que, en última instancia, es un canto de esperanza dentro del dolor y la persecución.

Jesús manifiesta su dolor y angustia profunda y, a la vez, muestra también su confianza en su Padre.

Jesús deja que Dios sea Dios en él y cumple su voluntad; se pone en las manos de Dios, su Padre, y acepta sus designios para Él hasta dar su vida por la humanidad.

Jesús es el Siervo que carga con los pecados de los hombres y da su vida en rescate por la multitud. Su muerte tuvo sentido ya que era la entrega amorosa y total de sí mismo por la multitud. Así lo manifestó en la Última Cena cuando tomó el pan y dijo: “Esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros”. Y también cuando tomó el cáliz y dijo: “Este es el cáliz de mi Sangre que será derramada por la remisión de los pecados”.

Clavado en la cruz, Jesús no se deja llevar ni por la desesperación, ni por la rebelión contra Dios, ni por la protesta airada. Jesús dialoga con Dios su Padre en la oración. Jesús sigue hablando a Dios su Padre. Jesús sigue dirigiéndose a Él con confianza. En medio del dolor y de los tormentos de la crucifixión, Jesús espera en el Padre que no lo abandona.

Hubo para Jesús una mañana de luz y de vida: la resurrección. El Padre resucitó de entre los muertos a su Hijo Jesús.

Recordemos a San Pablo que nos refiere cuánto tuvo que sufrir por Jesucristo y por el anuncio del Evangelio: “Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal (...) La leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna” (II Cor. 4,8-11.17).

Llevemos nuestra cruz unidos a Cristo

Con la Iglesia rezamos con frecuencia, y hoy de manera especial:
¡Señor!

Que cuando me llegue el dolor, que yo sé que me llegará,
que no se me enturbie la fe ni se me nuble el amor.

También nosotros hemos de pasar algún día por el sufrimiento y la muerte. También nosotros encontraremos algún día la cruz en sus diversas formas y maneras en nuestra vida.

En esos momentos hagamos nuestra la experiencia de Jesús. Pongámonos en las manos de Dios y no nos apartemos jamás de él. Aunque no veamos con claridad todas las cosas; aunque no comprendamos todo; aunque no dominemos nuestro presente ni nuestro futuro... confiemos en Dios que no nos abandona nunca y siempre llega a punto...

Con el salmista oremos: “el Señor es mi Pastor, nada me puede faltar... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque Tú vas conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan”,

Unidos a ti, Señor, concédenos la gracia para que nosotros podamos llevar nuestras cruces y sufrimientos acompañándote siempre y a tu lado.

Unidos a Jesucristo, hagamos que nuestro sufrimiento sea un instrumento de redención.

Ante el dolor que nos desborda, ante el sufrimiento que nos supera, hagamos nuestras las palabras de Job, el justo sufriente, que al final afirma:

“Señor, yo te conocía sólo de oídas,
mas ahora te han visto mis ojos.

Por eso retracto mis palabras.

me arrepiento en el polvo y la ceniza” (Job 42,5-6).

Ayudemos a los demás a llevar su cruz

¡Señor! Ayúdanos a “reconocer a Ti en los pobres, en los enfermos, en los emigrantes, en los encarcelados, en los sedientos...” (cf. Mt.25).

¡Señor! Tú llevaste la cruz siendo inocente y fuiste ayudado por Simón de Cirene a llevarla. Te rogamos nos concedas la gracia y la fortaleza para ayudar a los enfermos, a los perseguidos, a los empobrecidos, a los excluidos... a llevar su cruz.

¡Que seamos buenos cirineos en los caminos de la vida!

Cirineos que acompañen a tantos seres humanos clavados en la cruz del sufrimiento, de la miseria, de la soledad

Cirineos que ayuden a llevar la cruz a tantas personas sin trabajo, sin casa, sin patria...

Cirineos que bajen de la cruz a los nuevos crucificados de la historia

Cirineos que alienten y consuelen... a tantos seres humanos que sufren y lloran...

¡Señor! Ayúdanos a ser una Iglesia samaritana que “escuche el clamor de los pobres, que se acerque a ellos para derramar en sus heridas el bálsamo del amor, para encargarse de ellos y para cargar con ellos...”

SÉPTIMA PALABRA

“¡Padre! en tus manos pongo mi espíritu”

“Confiad siempre en Dios”

Jesús ha cumplido la obra que le encomendó el Padre. Por eso, en Él se cumplen las palabras del salmista:

* “En paz me acuesto y enseguida me duermo, pues sólo tú, Señor, me asientas en seguro” (Sal.4,9).

* “Su carne descansará segura porque Dios no lo entregará a la muerte ni dejará a su fiel conocer la corrupción (Sal.15,10).

Jesús, al morir entregando su alma entre las manos del Padre, nos muestra que es necesario dejar a Dios ser Dios en nosotros, en nuestras vidas, en nuestras historias, en nuestra muerte.

Al morir Jesús confiando su persona y su destino final al Padre, nos está diciendo y mostrando que más allá de la muerte está Dios que es el Señor de la vida y de la muerte, y que nos espera en el momento de mayor soledad del hombre para liberarnos de la muerte, para acogernos y guardarnos para toda la eternidad, si hemos vivido a la sombra de la cruz de su Hijo Jesús, si hemos guardado sus mandamientos, si hemos confiado en Él.

El Padre de Jesucristo se nos revela como Padre nuestro que nos abre sus brazos para acogernos, curarnos, acogernos, salvarnos definitivamente como el Padre al hijo pródigo que vuelve a casa.

En el Año de la fe que estamos celebrando debemos recordar lo que es la fe en su entraña siguiendo de cerca al Concilio Vaticano II: “Cuando Dios revela hay que prestarle la obediencia de la fe, por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios” (DV 5). Nos fiamos de Dios, ponemos nuestra propia vida en sus manos para que él sea nuestro único y verdadero Señor porque creemos en su amor y en su fidelidad. San Pablo lo expresó de esta manera: “Yo sé de quien me he fiado” (II Tim.1,12). Esta confianza en Dios no es ciega sino que se apoya en las razones para creer. Jesús es digno de fe y, por tanto, también sus palabras son dignas de fe para nosotros.

Creer es descansar, apoyarse en Dios que es roca firme. Para el mundo bíblico, sobre todo del Antiguo Testamento, creer es encontrar apoyo en Dios como en una roca firme, abandonarse a su palabra y acción salvadora. Creer es decir amén a Dios, fiarse de él. En el Nuevo Testamento la fe sigue siendo obediencia, confianza, esperanza y fidelidad.

Para los Sinópticos es, sobre todo, confianza absoluta en la omnipotencia y en la bondad de Dios. Podemos fiarnos de Dios, podemos poner en Él nuestra confianza y nuestra esperanza.

Por la fe el hombre se entrega total y libremente a Dios, se confía a Dios, se compromete con Dios de una manera tan absoluta, incondicional y definitiva, que compromete irrevocablemente toda su persona, todo su ser.

Cuando se trata de Dios estamos ante una Persona con mayúsculas, no sujeta a la contingencia ni al cambio. Es un ser que no se equivoca ni puede equivocarnos, que no se engaña ni puede engañarnos. Entonces ya no resulta irracional poner mi persona, mi ser, mi vida, mi presente y mi futuro en sus manos, confiar plenamente en él. La fe –fides– tiene que ver y se relaciona con la fidelidad – fidelitas–, con la percepción de que Dios es fiel, de que guarda sus palabras y cumple sus promesas. Nos podemos fiar de Dios, que es más seguro y fiable que el mejor de mis amigos; más seguro y fiable que una madre para su hijo de pecho (cfr. Is 49,15; Sal 27,10). Dios es digno de la confianza del hombre.

En un ambiente de increencia, de indiferencia religiosa, de ateísmo... en el que vivimos, debemos tener el valor, la valentía y la decisión de creer en Dios, de fiarnos de Él, de confiar en Él, de poner en Él toda nuestra persona...

Les invito a hacerse estas sencillas preguntas con el fin de profundizar y renovar nuestra fe.

* ¿Creemos de verdad en Dios?

* ¿Nos fiamos de Dios?

* ¿Cómo es nuestra fe?

Sean cuales fueren nuestras respuestas, no dudemos un instante de volvernos al Señor para suplicarle con humildad y confianza:

* “¡Señor, yo creo pero ayúdame mi fe!”

* “¡Señor, yo creo pero aumenta mi fe!”

El Señor resucitado saldrá a nuestro encuentro a través de la Iglesia, testigo y transmisora de la fe en el Señor, para invitarnos una vez más a creer en Él y en su palabra.

Que Jesucristo resucitado diga de nosotros, cristianos del s. XXI, aquellas palabras que dijo al apóstol Tomás en el Cenáculo de Jerusalén: “Más dichosos los que aun no viendo creen” (Jn. 20,29).

Cáceres, 18 de marzo de 2013

Florentino Muñoz Muñoz